

Pendás García, Benigno:
Las paradojas de la libertad.
España desde la tercera de ABC
Tecnos, Madrid, 2010, 512 pp.

Desde la tercera de ABC o desde la Graciosa —la pequeña Isla Canaria que protagoniza las espectaculares vistas del Mirador del Río, una de las muchas trazas manriqueñas (de César, se entiende) que embellecen la vecina Lanzarote y a la que se dedica una tercera veraniega— España y la libertad, o viceversa, han sido los ejes fundamentales de una ya larga trayectoria en la única página de la prensa española cuyo ordinal se ha convertido en nombre propio. Cuando el 28 de agosto de 1998 aparece publicada la primera de ellas, “Las paradojas de la libertad”, que con buen criterio da título a todo el libro, Helmut Kohl, el Canciller de la Unificación, apuraba sus últimos meses al frente de la política alemana mientras Boris Yeltsin trataba de olvidar sus fracasos en Chechenia entre alcohol y serenatas de saxofón con un Presidente Clinton que en pocos meses había de someterse al mal trago de la iniciación por la Cámara de Representantes del procedimiento de “*impeachment*”. España, por su parte, en mitad del primer mandato de José María Aznar, acababa de superar con éxito el examen para su ingreso en la tercera fase de la moneda única europea, a la vez que conmemoraba con tristeza y legítimo orgullo el aniversario del asesinato de Miguel Ángel Blanco Garrido y la ejemplar reacción ciudadana que suscitó. El Real Madrid lograba convertir en anacrónico uno de los mejores anuncios que se hayan emitido en televisión al ganar su séptima Copa de Europa —éxito que precedió al enésimo fracaso de la selección de fútbol en el Mundial de Francia— y quien esto escribe afrontaba su tercer año como opositor al Cuerpo de Letrados de las Cortes Generales. Semejante panorama no sólo nos sirve para calibrar lo dilatado de la fructífera relación entre Benigno Pendás y el Decano de la Prensa madrileña, que puede resaltarse aún más recordando que a su última tercera, fuera ya de este volumen, le da tiempo a felicitar a unos jóvenes recién casados que están llamados en el futuro —remoto a juzgar por la exultante salud y pertinaz

* Profesor Titular de la Universidad Complutense, Secretario General de la Asamblea de Madrid, Letrado de las Cortes Generales.

longevidad de que hacen gala las mujeres de la familia Windsor— a sostener la Corona Británica. Sirve también para dar cuenta de las múltiples facetas del autor, como él mismo enumera en el Prefacio “el escritor, el profesor, el letrado, el viajero, el lector...”, amén del buen aficionado al deporte o el cine, que no deja de aprovechar la ocasión de introducir pequeños guiños como la contenida pero genuina celebración de un Campeonato de Europa (*La lengua de nuestros derechos*) o la mención al Senado galáctico, con mociones de censura incluidas, de la injustamente criticada *Star Wars I (Parlamentos)*.

Pero vayamos por orden. Estamos ante una obra de sedimento —toda recopilación lo es— pero en absoluto caprichoso o accidental. Varias ideas fuerza se reiteran a lo largo de las páginas confiriéndoles coherencia. Ante todo, la batalla de las ideas. El escritor se reclama de centro derecha, sin complejos, pero también sin estridencias. Se trata de reclamar la legítima que a la derecha corresponde en justicia de la mejor herencia del pensamiento político. “Libertad y responsabilidad. Imperio de la ley. Educación, respeto, civismo. Familia y principios éticos. Rigor, austeridad, honradez. Carácter instrumental de los bienes materiales. Excelencia, calidad, valor de la obra bien hecha. Reconocer el mérito: el triunfo de los mejores es bueno para todos. Espíritu abierto al mundo. Patriotismo sensato [...] Son las viejas virtudes liberales, de honda raíz humanista. Nada nuevo, si se fijan: Atenas, Roma, Jerusalén, Europa moderna, América contemporánea” (*La derecha y la cultura*).

No faltan en este sentido, temas imprescindibles para cualquier profesor de historia de las ideas, como los tan traídos adjetivos de la democracia, no necesariamente los más peligrosos —orgánica, popular— pero sí algo fastidiosos, como los de participativa o deliberativa, con no pocas muestras de una buena intuición acerca de movimientos de cierta actualidad. Recordemos, aplicándolas al (no tan) candoroso grupo de los “indignados” surgido fugazmente al calor de las últimas elecciones locales y autonómicas de mayo: “Se habla mucho de redes participativas, consejos comunales, jurados ciudadanos, *minipopulus*, *town meetings*, presupuestos participativos y otras experiencias análogas. [...] La democracia digital está llamada a un futuro prometedor: la Red influye además, en las campañas electorales, no sólo mediante las páginas web, generalmente tópicas, de partidos y candidatos, sino también a través de sátiras, vídeos, incluso llamadas al voto táctico, con intercambio de votos en circunscripciones disputadas. La proliferación de blogs y la convocatoria vía SMS son ya una realidad operante” (*Democracia de ocurrencias*). Lo cierto es que tales ensoñaciones no resultan muy bien paradas: “Nadie puede negar los males que afectan al régimen representativo ni el escaso atractivo emocional de la democracia concebida como selección de élites en procesos más o menos competitivos. Sin embargo, las alternativas no consiguen cuajar en un modelo razonable y realista. [...] A la hora de la verdad, los ejemplos se limitan a experiencias menores de ámbito reducido o a fórmulas neocorporativas cuyos resultados no siempre favorecen la pureza participativa. Muy al contrario: a veces generan élites paralelas [...] Surgen así genuinos profesionales del gremio de la queja. Con el tiempo, muchos de ellos optan por buscar un hueco en la

denostada burocracia partidista para conseguir un asiento al otro lado de la mesa negociadora”.

A continuación, España. Aquí el tema admite variantes. La mejor, la indisoluble unidad, no ya sólo de la Nación española, según el art. 2 de la Constitución, sino de la dualidad España-libertad. Dejemos nuevamente hablar al autor. “La España constitucional (moderna, abierta, tolerante, inserta con plenitud en el mundo contemporáneo) es producto de un milagro histórico-político que nadie nos va a estropear. Queremos ser libres bajo el imperio de la ley, compartir éxitos y fracasos con el Espíritu de la Época, disfrutar del mejor momento de nuestra historia desde hace siglos”. (*Decisión constituyente*). En otras ocasiones aparece el jurista, a vueltas con el Plan Ibarretxe y su trampa de la comunidad nacional, primero: “La Nación es soberana, seguro. Las nacionalidades y las regiones, no, porque sólo tienen derecho a la autonomía. ¿Y la “comunidad nacional”? Menos que soberana y más que autónoma, es titular [...] de un poder propio que, por ahora, desea ejercer mediante la yuxtaposición con sus iguales en un Estado artificial sin Nación propia”. El remedio: “Es imprescindible un pacto sobre la organización territorial. Más aún, sobre el carácter intangible de la soberanía nacional de España” (*Soberanía nacional*). Después, con una Sentencia sobre “El” Estatuto de Autonomía, que no terminaba de dictarse (al final la STC 31/210, de 28 de junio, llegó tarde, al menos para esta serie, que se cierra a principios de 2010): “España, sujeto constituyente, está integrada por nacionalidades y regiones que son parte constitutiva de la única nación [...] todo el mundo conoce las reglas del juego: la Constitución no admite ningún poder originario equiparable a la voluntad soberana del pueblo español. Ni País Vasco ni Cataluña ni nadie cuentan con un poder constituyente propio” (*Estatuto no es Constitución*). Y aviso a navegantes pocas líneas más tarde: “Si no hay soberanía, habrá que adaptarse a la Ley de Leyes, y si el intérprete supremo dice —como es probable— que hay contradicción sólo queda acatar, cumplir y ejecutar”.

En tercer lugar, las relaciones internacionales y los nuevos equilibrios, cuestión no menor para el viajero: damos una vuelta de tuerca al viejo *weltgeist* hegeliano, que no se detiene y sigue su senda hacia poniente, pero claro, ya con parada y fonda más allá del Atlántico: “Ahora se ha desplazado al Pacífico. Tal vez en una o dos generaciones el centro de gravedad será el Índico” (*Geopolítica para el nuevo Obama*). La tesis es sencilla, aunque sus consecuencias preocupantes desde esta orilla. Estados Unidos, la única potencia universal digna de tal nombre, ha dejado de mirar a Europa desde Nueva York, para mirar a China desde California. No faltan datos para corroborar la impresión: auge económico de los tigres asiáticos, singularmente del antiguo Celeste Imperio, falta de liderazgo europeo, sobre todo tras la ampliación a 27, e incluso, dentro del *hegemón*, una significativa pérdida de importancia relativa de la Costa Este, incluso en términos demográficos, con la única excepción de la “hispana” Florida, a favor del medio-oeste y el oeste. Para el autor no es casual el nacimiento en Hawai del hombre más poderoso de nuestro tiempo. Por supuesto, el Viejo Continente corre un riesgo cierto de quedar en fuera de juego: “Europa sigue

raptada y pendiente de un eje sedicente que no funciona. La crisis es, sobre todo, moral: seca la raíz clásica, relegado el cristianismo, apagada la luz de la Ilustración, sólo queda la “movida universal” (*Del Atlántico al Pacífico*). Qué decir de cada una de sus partes: “Francia se aleja del Espíritu de la Época. Los jacobinos dejaron una mala herencia: el deseo inconfesable de una democracia sin libertad” (*Francia como problema*); “El Reino Unido sufre con resignación la quiebra de su imagen flemática, utilitarista y respetable, mientras la denostada Europa continental [...] ajusta cuentas psicológicas, no sin fruición, con la histórica prepotencia del Imperio ya caduco”, si bien el anglófilo confeso e impenitente no tarda en encontrar razones para un moderado optimismo: “El viajero toma el tren en Paddington no sin aprensión [...] El viaje no va tan mal. El tren cumple con puntualidad escrupulosa su horario. Tal vez los ganaderos no están contentos, pero la campiña luce su mejor aspecto en esta primavera [...] La visita familiar a Downside School revela que la severa educación que imparten los benedictinos sigue produciendo frutos razonables” (*Britannia: Orgullo y prejuicio*). No obstante, hay un europeísmo genuino en las terceras: “Nos adherimos racionalmente a la Europa empírica y positivista, refuerzo de nuestra potencia en común, sólido espacio económico y monetario. Amamos, faltaría más entre gentes civilizadas, la Europa de la cultura y el espíritu”. Por ello al final, la esperanza —para bien o para mal— no acaba de escapar de la caja de Pandora: “Europa no es ni será un parque temático [...] pero debe reinventar su papel en una sociedad global implacable con los débiles y los ignorantes”. Depende, pues, de nosotros mismos, pero “La historia universal es un tribunal muy exigente que actúa con justicia inapelable” (*Geopolítica para el nuevo Obama*).

Por último, la educación, como corresponde a un profesor universitario y la cultura, tarea del alto cargo que gestionó con acierto durante una Legislatura los bienes dignos de tal nombre. Se trata, por un lado, de recuperar lo mejor de la vieja teoría de las élites del discurso liberal —y, durante el primer tercio del siglo XX, también socialista— que reclama una aristocracia de la excelencia: “a mi juicio, el modelo liberal [...] debe impregnar la reforma [educativa] de una genuina *política de la excelencia*. [...] ¿Cuáles son las virtudes de los mejores? Entre otras: sentido de la responsabilidad; austeridad y pulcritud; rigor intelectual; elegancia en el lenguaje y decoro en el comportamiento; respeto y comprensión hacia los demás; fidelidad a las personas y a las convicciones: objetividad en el análisis de los problemas; sentido común y razón práctica para resolverlos; admiración crítica ante nuestra historia, incluyendo el disfrute del patrimonio cultural y la naturaleza” (*Educación y virtudes liberales*). La cultura es, por otra parte, tema recurrente, desde la preocupación sincera y a veces polémica por el Prado (*Cuatro tesis sobre el Museo del Prado* o *Vuelo de majas*), hasta la protección del patrimonio histórico (*Castillos en España*), el merecido homenaje a la soledad amena que un soldado-poeta encontró cerca del Tajo (*Tiempo para Garcilaso*) o el goce —que comparto— ante el coro de los peregrinos de Tannhäuser, aun a riesgo de tener que refrenar, al igual que algún (gran) cineasta, las ganas de invadir Polonia que puedan entrarme al escucharlo

(Wagner, arte y política). En todo caso, surge siempre la más que legítima preocupación de liberar al sector de su encasillamiento en la izquierda política, a la vez que reclama con decisión la debida atención por parte de una derecha que tal vez con demasiada facilidad ha decidido aceptarlo como territorio hostil.

Por supuesto, el discurrir de las terceras no se detiene, pero sí, supongo, la paciencia del editor y el tamaño razonable de un libro, de manera que el viaje concluye en enero de 2010. No hay problema: el escritor promete que las próximas quedan “para otro volumen”. Hasta entonces con el ahora publicado podemos disfrutar de (muy buen) material para la lectura, el repaso de la historia reciente, la reflexión (no sólo) política y hasta el ejercicio de nostalgia personal que —perdóneseme— me he permitido al inicio de estas páginas. Y, evidentemente, siempre nos queda, como en las grandes novelas por entregas que nos legó el siglo XIX, esperar el próximo número del ABC.